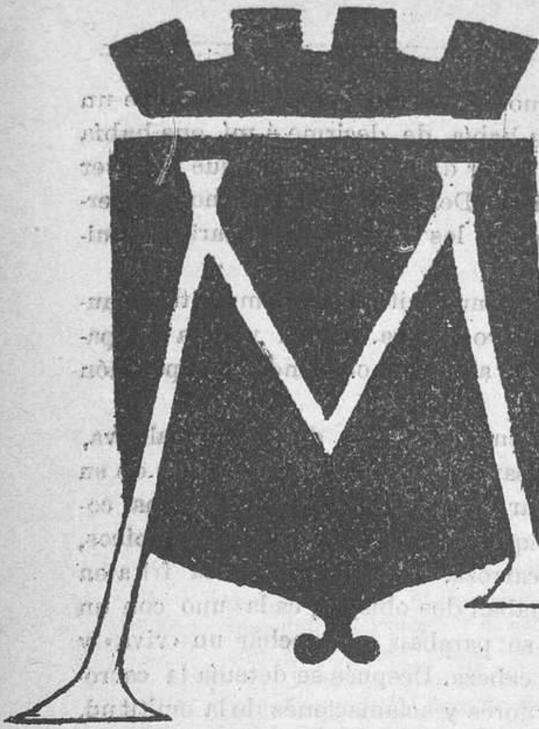


MADRID CÓMICO



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

METAMORFOSIS



—¡Córcholis! ¡Mi niñera!

Pilla

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El pueblo y la canalla, por Angel R. Chaves.—Cristina la mondonguera, por Juan Pérez Zúñiga.—Filosofía, por Jacinto O. Picón.—Vidas paralelas, por Eduardo de Palacio.—Reunión cursi, por Sinesio Delgado.

GRABADOS: Metamorfosis.—La vida alegre.—Anuncios, por Cilla.



¡Cómo están de contentas las de Chupalauva! ¡Y es natural! Federiquín, el chico de la casa, ¡ha obtenido un triunfo completo en las elecciones.!

Él se presentó apoyado por su mamá, que tiene muchísima confianza con la señora de un ministro, y para darle el triunfo á Federiquín ha habido necesidad de prender á un alcalde, maniar á un sacerdote, reventar á un juez y sofocar los gritos de la alcaldesa, que quería coger al candidato por los fondillos del pantalón y tirarle desde el puente abajo.

¶ Pero Federiquín salió victorioso, gracias á los palos repartidos y al apoyo de un cacique, hombre de pelo en pecho, que entraba en casa de los electores con un bastón y les decía metiéndoles el puño por la boca:

—Hay que votar al candidato del gobierno, ¿habéis oído? Si sé yo que votáis al de oposición, sus rompo los morros. Conque, no digo más.

El caso fué que en Villacíncha eligieron á Federiquín, y el chico estuvo allá semana y media, trabajando su distrito, sin que le ocurriera nada desagradable. Solamente la víspera de la elección le soltaron un tiro desde la carretera, que afortunadamente no le alcanzó; y después, al tiempo de abandonar la villa, le tiraron á la cara un gato muerto, y la alcaldesa pudo satisfacer su venganza sacudiéndole dos ó tres escobazos en la nuca.

Pero Federiquín, antes de meterse en el coche, había dejado escrito el siguiente telegrama, que vió la luz en los periódicos de Madrid:

«Hoy sale de esta villa el Sr. Chupalauva, diputado electo, que cuenta aquí con numerosos amigos y admiradores. El pueblo dispensóle frenética ovación, acompañándole hasta el coche, prorrumpiendo vivas. Arrojárónle flores. Delirio universal. Indescribible entusiasmo. Vítores, aclamaciones. Por correo detalles.—*El Correspondiente.*»

La familia de Federiquín compró cincuenta números del periódico donde aparecía el telegrama, y no quedó un solo amigo sin su correspondiente ejemplar. Aparte de esto, la madre del ilustre diputado bajó á recibirle á la estación, acompañada de sus relaciones. Federiquín venía en segunda, con una maleta y el sombrero de copa tapado con un pañuelo de algodón. Lo mismo fué echar pie á tierra, saludó á todos con la mano, como hacen los prohombres políticos, después se acercó á su mamá imprimiendo un beso en su frente, y acto seguido se puso á hablar de su victoria, que todos celebraban, dándole golpecitos en el hombro y prodigándole todo género de alabanzas.

Aquella noche hubo reunión de confianza en el domicilio de los Chupalauva, y la mamá estaba loca de gozo. De cuando en cuando cogía á Federiquín por el pescuezo y le llenaba la faz de ósculos húmedos.

—¡Mamá, por Dios!—decía el chico tratando de contener aquellos excesos de entusiasmo.

—Hazte cargo de que soy tu madre y de que estoy orgullosa de tu triunfo.

—¡Caramba!—decía un antiguo amigo de la familia dándole un manotón á Federiquín.—¿Quién había de decirme á mí que había de verte convertido en todo un señor diputado? Parece que fué ayer cuando jugabas sobre mis rodillas. ¡Demonio de muchacho! Recuerda que siempre estabas metiéndote los dedos por las narices. ¡Cuidado si eras feo entonces!

—Sí—añadía la mamá,—se crió muy feito, pero siempre tuvo mucho talento, aunque esté mal que yo lo diga. ¡Ay, si viviera su padre! ¡Qué contento estaría ahora, al verle ocupando una posición tan elevada!

Aquella noche todo fué júbilo en el domicilio de los Chupalauva, y la mamá no pudo dormir pensando en las futuras glorias de su retoño. Por fin, y después de dar muchas vueltas en la cama, comenzó á soñar... Veía á Federiquín con sombrero de tres picos, muellemente tendido en una carroza, comiendo merluza frita en bandeja de plata. Detrás marchaban dos obispos, cada uno con un jarrón. De cuando en cuando se paraban para echar un «viva» y Federiquín les saludaba con la cabeza. Después se detenía la carroza y bajaba Federiquín entre vítores y aclamaciones de la multitud. Ella, la madre, estaba sentada en un trono, rodeado de sorbetes de todas clases, y no tenía más que alargar la mano para cogerlos. La buena señora siempre había sido muy aficionada al sorbete, y aquella abundancia, que veía en sueños, la llenaba de júbilo el corazón...

Quando estaba en lo mejor de sus delirios de grandeza, entró la criada en su alcoba y le dijo:

—Señorita, está ahí el carbonero que viene muy incomodado.

—¿Por qué?—preguntó la señora incorporándose en la cama.

—Porque se le deben siete arrobas.

La mamá se levantó y fuése á ver á Federiquín, que estaba en aquel momento boca abajo en la cama, soñando que era ministro y que no tenía más ropa que la puesta.

—Federiquín—le dijo la mamá sacudiéndole con cierta dulzura,—¿te ha sobrado algún dinero del viaje?

—¿Dinero? Ni una peseta; para poder regresar á Madrid he tenido que pedirle dos duros prestados al cacique.

La frente de la mamá se contrajo, y haciendo una gran violencia fué á ver al carbonero, que estaba en el comedor hablando con la criada y estrujando entre sus manos el tapete de hule de la mesa.

—¡Esto ya es burlarse de uno!—decía el hombre negro.—Son siete arrobas.

—Bueno; ahora saldrá la señorita.

En efecto, la madre del diputado electo se presentó en el comedor toda acongojada, y dijo:

—Mire usted, señor Bernardo, en este momento no le puedo dar á usted nada, porque mi hijo tiene que salir á cambiar. Llegó ayer procedente del distrito, porque ya sabrá usted que es diputado por una gran mayoría.

—Eso á mí no me importa.

—¿Cómo que no? Todo ciudadano tiene la obligación de conocer á sus representantes en Cortes.

—Y usted tiene la obligación de pagar lo que debe.

—No sea usted grosero, que está usted hablando con la madre de un diputado á Cortes.

—Bueno, pues págume usted el carbón.

En aquel momento llegó Federiquín con los pelos en desorden y el cuello de la camisa sin abrochar, y encarándose con el carbonero le habló así:

—No quiero incomodarme, porque veo que es usted una persona sin educación; pero yo le prometo que se ha de acordar de mí. En cuanto se abran las Cortes voy á presentar una proposición contra los carboneros.

—Y en cuanto salga de aquí me voy al juzgado á entablar una demanda para que me abonen ustedes las siete arrobas.

Dicho esto, el industrial salió á la calle y el diputado y su mamá se miraron en silencio.

—El caso es—dijo Federiquín después de reflexionar durante algunos minutos—que yo necesito ropa para presentarme en el Congreso.

—Pues ya sabes cómo estamos.

—Y además el sombrero de copa se me ha estropeado completamente.

—¿Por qué no habían de tener sueldo los diputados?

—Eso digo yo.

—¿Sabes lo que pienso?—dijo por último la madre.—Que en vez

de un acta de diputado hemos debido pedirle á la señora del ministro...

—¿Qué?

—Un estanco en sitio céntrico.

LUIS TABOADA.

(Prohibida la reproducción.)

EL PUEBLO Y LA CANALLA

I

Ya toda resistencia era imposible.
¿Cómo sufrir la débil barricada
el plomo de fusil de los balcones,
de la calle frontera la metralla?

Sobre informes montones de adoquines
que la sangre y el lodo á un tiempo manchan,
respetado del fuego y el estrago,
sólo un jirón de tela se levanta.

«¡Muerte al ladrón!» con negros caracteres
se lee en aquella tela desgarrada
que, aunque sucios, astrosos y harapientos,
aún muestra los colores rojo y gualda.

¿Quién se atrevió á llevar hasta tal sitio
la sacrosanta enseña de la patria?

Un puñado de hambrientos, que no pide
más que pan y trabajo. ¡Hay tal infamia!

Pero es inútil todo; aquellas piedras
por una mano indocta amontonadas
son ya, más que defensa de los vivos,
tumba para los muertos solitaria.

Por eso el batallón de cazadores
á que cupo más gloria en la jornada
se pudo apoderar de aquellas piedras
por suerte sin sufrir más que unas bajas.

Y así quedó la rebelión vencida;
los más listos se fueron á sus casas,
y con sólo unos cuantos fusilados
la paz volvió á lucir tras la borrasca.

Y decían muy bien los que decían,
comentando después la triste hazaña:
—En tales cosas sólo toma parte
lo más vil de la plebe, la canalla.

II

Por fin, tras breve ausencia, de su corte
vuelve á pisar las calles el monarca,
y tamaño suceso bien merece
todos los sacrificios que se hagan.

Arcos de triunfo, colgaduras, flores,
palomas, gallardetes, luminarias
costeó ya un gobierno que al deseo
de la nación entera se adelanta.

Más ¿quién puede contar con esos gritos
que de tales festejos son la salsa?
¿Quién dice que un candado á toda boca
no pongan el respeto y otras causas?

Por suerte hay expedientes para todo;
vagos, gracias á Dios, aquí no faltan,
y si otra vez gritaron á otras cosas,
hoy gritarán también si se les paga.

Y vaya si hubo gritos aquel día.
Si no escogidas, numerosas masas,
á falta de entusiasmo ebrias de vino,
ganaron á conciencia su soldada.

Y no faltó quien dijo, con los ojos
ante tal expansión turbios de lágrimas:
—Ese sí que es el pueblo, el pueblo honrado
que sólo por lo noble se entusiasma.

ÁNGEL R. CHAVES.

CRISTINA LA MONDONGUERA

El barrio estaba de gala;
todo era en él alegría,
que al fin, tras de mil percances,
iba á casarse Cristina.
La mondonguera le daba
su mano, bien poco limpia,
festoneada de callos
y blanca como la tinta,
nada menos que al famoso
matón de Villasequilla,
que llevaba ya tres años
colindando con Cristina.
Pepón, padre de la novia,
viejo traficante en tripas
de carnero y en anteojos
para los cortos de vista,

fué y echó el resto dotando
soberbiamente á su niña,
en cuyo equipo grasiento
figuraban tres camisas,
cinco medias, dos enaguas
y un collar de piedras finas
que compró el padrino en Ceuta
por catorce perras chicas.
Y al ir á dotarla el novio,
dudando estuvo qué haría,
si darla un pie de tinaja,
ó darla un pie de paliza.
Fué por mal nombre doncella
de varias casas Cristina,
y la ropa de su equipo
mostraba diversas cifras;

que siempre la mondonguera
dió pruebas de ser muy lista
robando con elegancia,
aseo y economía.
La boda estaba dispuesta
en la casa de la víctima,
y fué en jardín transformada
toda la mondonguería.
Padrinos eran un tipo
del barrio que gasta bimba
y una ribeteadora
que tiene muchas cosquillas.
Estaba el *lunch* preparado
en la taberna vecina,
de cuya puerta colgaban
olientes rollos de tripas.
En la boda iba á haber murga,
baile, cante y jarras limpias
donde á su vez se casaran
el campeche y la fuschina.
Todo iba á haber... menos cura,
pues se le antojó á la chica
que el casarse por la Iglesia
era una cursilería,
y los iba á unir un sastre
de la calle de la Esgrima

que en zurcidos y remiendos
es famoso especialista.
Llegó el momento, y ni el novio
ni la novia parecían.
Mas poco tardó en saberse
(¡oh inesperada noticia!)
que en alas de un repentino
afecto, y en zapatillas,
se había largado á Francia
con el padrino Cristina.
¡Gracias que el novio es tan listo
que se comió la partida,
y antes de que amaneciera
se escapó con la madrina!
Y Pepón, que al fin es padre
y tiene por dentro fibras
delicadas, aunque tiene
por fuera mondonguería,
con lágrimas como quesos
llora el rapto de su hija;
mas viendo que sus amigos
le consuelan y le animan,
de tripas corazón hace,
cosa para él muy sencilla,
puesto que está acostumbrado
al manejo de las tripas.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

FILOSOFÍA

I

Tertulia en casa de D.^a Carmen. Gabinete lujoso de mal gusto; colores chillones, floreros de trapo, copias grandes y detestables de la Purísima y el San Juanito del borrego, de Murillo; sobre un mueblecillo dorado una bandeja antigua de plata con tarjetas manoseadas y amarillentas que ostentan títulos y escudos; encima de la chimenea un devocionario grasiento; sobre una cómoda panzuda varios libros: *La paloma mística*, *Las trescientas sesenta y cinco flechas que dispara el alma devota al divino blanco de sus pensamientos en los trescientos sesenta y cinco días del año*, *Causas célebres* y algunos folletines encuadernados, de autores franceses. Mesita de juego con barajas y marcadores de *bezigue*. Lámpara de petróleo muy fea, con depósito de cristal, que deja ver la torcida, recordando ciertos botes que hay en los escaparates de las boticas.

D.^a Carmen, cincuenta años, bien conservada, cabellos teñidos de rojo caoba, de lo barato; habladora y maliciosa. Hacia 1850 figuró en las crónicas de los salones de la clase media.

Pilar, algo más joven, buen cuerpo, ex-brigadiera; sus conquistas fueron contemporáneas de la guerra de Africa: el marido se batía en el Serrallo y ella triunfaba en Madrid.

Manolita, su hija, soltera sin esperanzas; desgarrada y sosa.

D.^a Concha, cuarenta y cuatro años, fiscal viuda.

Virtudes, su hija, veinte años, graciosa, desenvuelta y atrevida de lenguaje. Ha leído *Pepita Jiménez*, *La dama de las camelias* y *Nana*, prestada á hurtadillas por un amigo de su hermano. No le gusta Béquier.

Manolita y Virtudes visten con pretensiones de elegancia, pero cursis; á lo quiero y no puedo.

Virtudes está leyendo el folletín de *La Correspondencia*; las demás acaban de jugar. Un reloj de cuco que hay en el comedor cercano da las once.

D.^a Pilar (Arrojando las cartas sobre la mesa).—Basta de juego. Buena zurra...

Manolita.—Con D.^a Carmen no hay quien pueda.

D.^a Carmen.—Nunca hubo. Las niñas de hoy no servís ni para jugar.

(Virtudes se muerde los labios.)

D.^a Concha.—Más valía que aprendiese el *bezigue* en vez de leer tanto disparate.

D.^a Carmen.—¿Para qué se los dejás leer?

Virtudes.—¿No tiene usted por ahí una porción de novelas?

D.^a Carmen.—Pero no son naturalistas.

Virtudes.—Sí: *La plebe de los salones*, *Pasiones infames*, *La mujer deshonrada*... total, igual. ¿Y qué más da leerlo en letras de molde ú oír contar lo que pasa en las casas? ¡Mire usted que las visitas dicen cada cosa!

D.^a Pilar.—Nuestros padres nos mandaban á corretear por los pasillos; ahora éstas de todo se enteran.

D.^a Concha.—A propósito. También en casa de Carlota hablaron la otra tarde de lo de casa de Luisa. Carlota los vió cuchicheando en el pasillo.

Virtudes (A Manolita y tarareando por lo bajo música de *La baraja francesa*).—Como los sellos engomaos...

D.^a Pilar.—Pero ¿quiénes eran los que cuchicheaban?

D.^a Carmen.—Toma, Pepito y la dichosa doncellita.

D.^a Pilar.—Puede que Luisa no lo sepa.

Manolita.—Vaya un señorito. ¡Con la criada! ¿No lo sabrá su madre?

Virtudes.—O le sucederá lo que á los maridos, que lo saben tarde.

D.^a Concha.—¡Niñal!

D.^a Carmen.—Puede que tenga razón tu hija; yo lo sé hace tiem-

LA VIDA ALEGRE



«Compareció Luisa la *Desvergonzá* y dijo:



Que salió del colegio con su compañera la *Frescota* á las doce y media próximamente.



Que en seguida, según costumbre, entraron á tomar unas copitas en la calle de San Bernardo.



Que á la salida se encontraron con un chico de la grandeza amigo de ambas.



El cual, á sus instancias, las convidó á moscatel con bizcochos en el café del *Mundo Ilustrado*.



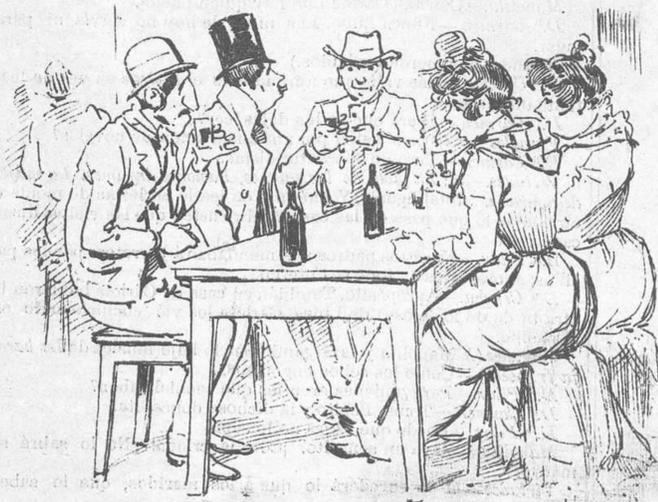
Donde se aproximaron otros amigos.



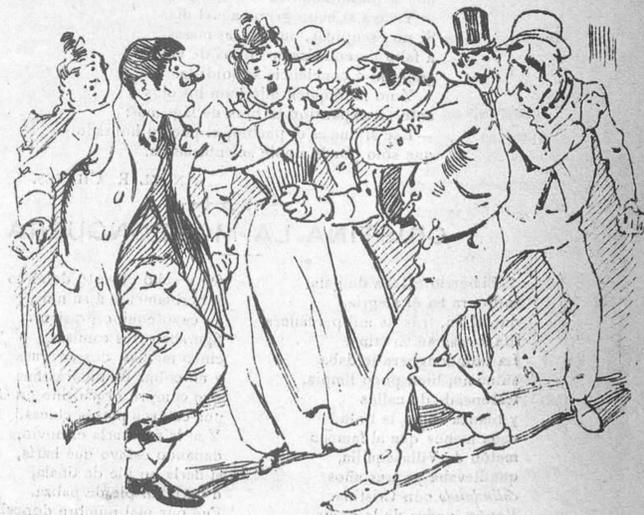
Que se empeñaron en ir á cenar al establecimiento del señor Baltasar, (a) *El Zángano*.



Y allí se dieron de *morra*das con un antiguo conocido.



Que para hacer las paces bebieron un par de botellas en la tienda de Rufina la *Pampli*.



Que se volvieron á *liar* con un cabayero que se pasó con la declarante.



Que se retiraron solas á su domicilio y se acostaron después de tomar unos chupitos de aguardiente.



Y, por último, que no sabe cómo no les hizo daño la mezcla.»

po, porque una noche, al ponernos la chica los abrigos, Pepito le cogió por detrás los brazos; yo lo vi por el espejo de la antesala.

Virtudes.—¡Tableau!

D.^a Pilar.—¡Para que lo tolerase yo! Ca, Luisa no lo sabe.

Manolita.—Pues estará ciega: la chica lleva ya algunos meses en la casa.

D.^a Pilar.—Pero, hija, ¿tú también lo sabías?

Manolita.—Esas cosas saltan á la vista, mamá.

D.^a Concha.—¡Qué muchachas!

D.^a Carmen.—Está perdido el servicio.

D.^a Concha.—No, si digo las nuestras; todo lo pescan.

D.^a Pilar.—Pues en una casa eso es una vergüenza: repito que Luisa no lo sabrá.

D.^a Carmen.—Puede; pero en cuanto á que suceda, ella tiene la culpa, porque está el chico muy sujeto; no sale de noche, no va á sociedades ni trata señoras... ¡claro!

Virtudes.—A falta de pan...

D.^a Carmen.—Por supuesto, que al demonio se le ocurre teniendo un hijo de veinte años tomar una doncella de veintidós, y con aquella cara.

Manolita.—Pues no tiene nada de particular.

Virtudes.—Eso no; la chica es mona.

Manolita.—Será sucia, como todas las criadas.

Virtudes.—Eso él lo sabrá.

D.^a Concha.—Hija, hablas con demasiada libertad.

Virtudes.—Mamaita, lo da de sí la conversación.

D.^a Carmen.—La verdad es que la muchacha no debe de ser tonta, porque todo lo tiene tan limpio, á Luisa la peina que es un gusto, compone vestidos, tiene unas manos primorosas; pero Luisa ha pecado de tonta.

Virtudes.—Puede que lo sepa...

D.^a Carmen.—Muy despreocupada es, pero no tanto.

D.^a Pilar.—Si ocurriera eso en mi casa, agradecería que me abriesen los ojos. En cuanto la vea se lo digo.

Manolita.—Harás bien, mamá.

Virtudes.—Eso, eso, para que la echen, á ver si Pepito se casa contigo.

Manolita.—Falta que me guste. Mira que habiendo querido á la criada...

Virtudes.—Yo soy más indulgente y no me metería en vidas ajenas. Además nosotras, aunque sepamos ciertas cosas, no debemos darnos por enteradas. Somos señoritas.

D.^a Carmen.—Luisa es una mujer muy particular. Ya sabéis que hasta hace pocos años se hablaba mucho de ella... De todos modos, me sorprende que lo tolere. Yo la pondré al tanto de lo que pasa.

D.^a Pilar.—¿Y se lo vas á decir?

Manolita.—Como que es un escándalo; el mejor día vemos en la antesala lo que no nos importa.

Virtudes (Para sí).—Y dice el mejor día. Estas desbaratan mi plan. Por culpa suya despiden á la muchacha. Pepe se entusiasma y le pone casa. Como si lo viera. Mejor sería que se cansase de ella... después ya veríamos.

Suenan las once y media; la reunión se disuelve; pónense los abrigos: besos, abrazos, citas para tiendas y misa. Baján delante las niñas.

Al quedarse sola en el recibimiento con Pilar y Concha, vuelve á repetir

D.^a Carmen.—¡Vaya si se lo digo!

II

Á la semana siguiente, en casa de Luisa Belpasado; viuda, representa cuarenta y nueve años; conserva restos que atestiguan de su antigua hermosura: cabellos francamente canosos, dentadura preciosa y natural, manos bonitísimas, sin sortijas, mirada inteligente, voz seductora y bien timbrada. Estuvo enamoradísima de su marido, quien la hizo tener alta idea del amor. Ha leído mucho y es observadora. Religiosa sin mogigatería; indulgente con las debilidades ajenas y prudentísima si las ha tenido propias. Adora tres cosas: la conversación de los hombres de talento, la música y las flores. Delira por su hijo, y sólo echa de menos la juventud. Es muy rica. Su hijo tiene veinte años y es guapo sin afeminamiento.

Pepita, doncella. Veintidós años; una monada: pequeñita, cuerpo bien formado, rubia del género picaresco con ojos negros, muy blanca y muy airosa. Rostro de expresión extremadamente variable: seria, parece inocentona; sonriente, muy maliciosa. Es limpia como ella sola; bien calzada. Más que criada parece una cómica bien caracterizada. Traje de lanilla oscura y delantal blanco de peto estrecho bordado á punto ruso con algodón de colores. Muy modosa.

Gabinete espacioso. Muebles según las modas de 1840, pero todos muy buenos. Fiano media cola de Erard; una meridiana comódica y algunos objetos de gusto moderno. En la pared espejos magníficos y un retrato de mano maestra, donde Luisa aparece representada en el esplendor de sus veinticinco años y en traje de baile. Un estantito con música de Beethoven, Mendelssohn, Schubert y Wagner. Las piezas de baile que hay son viejas, de la época de la sillería. Es de noche. Luz eléctrica, que contrasta con la vetustez del conjunto.

Todo indica que allí hay respeto á lo pasado y afición á lo moderno.

Luisa, reclinada en la meridiana, suelta un libro y toca un timbre. Aparece

Pepita.—¿Qué manda la señora?

Luisa.—¿Qué estabas haciendo?

Pepita.—Poniendo un rizado de tul blanco al cuello del vestido negro de la señora. El otro estaba sucio, y como la señora tiene que ir mañana á esa visita de duelo...

Luisa (Para sí).—Piensa en todo. (Alto.) Bueno, pues ahora déjalo y haz que preparen el te; el agua hirviendo á borbotones, que no falte nada. ¿Han traído pastas y galletas? Ya sabes que hoy vienen D.^a Concha. D.^a Carmen y D.^a Pilar...

Pepita.—Y las señoritas... A ésas sí que les gustan las galletas y las pastas.

Luisa.—Comen mucho, ¿eh?

Pepita.—Un kilo entre las dos. (Para sí.) Y además se comen con los ojos á Pepe.

Luisa.—¿Está el señorito en casa?

Pepita.—No, señora.

Luisa.—¿Hace mala noche?

Pepita.—Sí, señora; pero ha salido muy bien abrigado: el gabán ruso, y esta mañana, como vi que el tiempo estaba tan malo, al darle ropa para que se mudase, le di una almilla de las fuertes y el chaleco de ante.

Luisa.—No se helará.

Pepita (Para sí).—Eso quiero.

Luisa.—Bueno, prepara el tresillo. Anda con Dios, y que esté el agua hirviendo. Si viene el señorito estando aquí esas señoras, dile que entre.

Pepita (Para sí).—Ya abriré yo sin ruido, que esa D.^a Virtudes le pone ojos mimosos.

.....
Llegan casi al mismo tiempo D.^a Carmen, D.^a Pilar, D.^a Concha, Manolita y Virtudes. Después de los saludos, D.^a Pilar se queja de jaqueca, apesar de lo cual se pone á leer un periódico; D.^a Concha y D.^a Carmen se sientan junto á D.^a Luisa; Manolita y Virtudes, como si al entrar se hubieran puesto de acuerdo para dejar solas á las mamás, se alejan á un extremo del gabinete, entreteniéndose en hojear una revista de modas, cuchicheando sentadas ante un velador.

Luisa (Observando que no se habla de jugar).—Vamos, hoy no queréis perder.

Carmen.—Ni ganar: á mí también me duele algo la cabeza.

Hablan de una amiga que está parida, de un crimen, de un robo doméstico, y sale, naturalmente, á relucir la mala conducta de los criados. Después de algunos comentarios dice

D.^a Carmen.—En eso tú tienes suerte: creo que llevas seis años con la misma gente.

Luisa.—Todo es cuestión de que la cocinera sise algo y de que el criado se vaya de paseo una tarde sí y otra también.

D.^a Carmen.—¿Y el ama de llaves?

D.^a Luisa.—Una bendita: medio jubilada, duerme más que el gato: figúrate que fué doncella de mi madre.

D.^a Pilar (Para sí).—¡Qué cosas sabrá!

D.^a Carmen.—¿Y la doncella? la chiquilla.

D.^a Luisa.—No lleva aquí más que unos cuantos meses, es lista y muy limpia.

D.^a Pilar.—Sí, tiene trazas de lista, demasiado. Se compone mucho. A mí no me gustan las criadas con moños.

D.^a Luisa.—Pues si lleva el pelo recogido, y nada más.

D.^a Carmen.—Sí, pero se emperejila demasiado.

D.^a Luisa.—Algún vestidillo que le doy.

D.^a Carmen.—La verdad, no me es simpática: parece una criada de teatro, de esas que se enteran de todo.

D.^a Luisa.—Sus defectos tendrá, pero es trabajadora... y me gusta porque es bonitilla; no puedo aguantar feas á mi lado. ¿Tú conoces nada tan horrible como que al despertar te entre el chocolate una fiera, ó llamar de noche y que se presente una con cara de bruja? Además, no es olvidadiza, pone cuidado y me peina bien.

D.^a Pilar.—Vamos, una alhaja: lo mismo piensa tu señor hijo.

D.^a Carmen.—Pues ¿qué quieres que te diga? Por lo mismo que no es fea, teniendo un hijo de veinte años, vamos, en mi casa no estaba.

D.^a Luisa.—¡Bah! Los chicos de hoy, que salen á todas horas, van á todas partes y no se fijan en las criadas. ¡Hay tanta casada lagartona que anda á caza de pollos, como las zorras!

D.^a Pilar.—Pues precisamente Pepito siempre está encerrado... leyendo ó estudiando.

Virtudes (Cantando en voz baja una copla popular):

Mi amante y yo estudiamos filosofía,

yo estudio en su persona

y él en la mía.

Manolita.—¡Calla, descarada!

D.^a Carmen.—Sí: á tu hijo nunca le vemos.

D.^a Luisa.—Es un poco huraño, y vosotras, como sois tan buenas, le dispensáis.

D.^a Carmen.—No, no es tan huraño como parece, sobre todo no hay que fiarse de los muchachos; en fin, que yo no tendría en mi casa á esa chica. No te enfades, pero se me figura que es de las que acaban siendo de la cáscara amarga.

D.^a Pilar.—Pues á tu hijo le parece de las dulces... de las de grano de oro.

Virtudes (Por lo bajo á Manolita).—Entre el señorito y la criada... la dulce alianza.

Manolita.—¡Que te van á oír!

D.^a Luisa, que ha oído la frase de Virtudes, dice para sí: «¡Chismosas!»

D.^a Carmen.—En fin, allá tú.

D.^a Luisa.—Si yo no estuviese viuda, como la doncella es guapa sospecharían de mi marido: como no lo tengo... del niño.

D.^a Carmen.—Vaya, vaya, ni la doncella es tan doncella, ni el niño es tan niño.

Virtudes y Manolita procuran en vano sofocar la risa y por fin sueltan la carcajada fingiendo que se burlan de un figurín.

D.^a Luisa (Asperamente).—Pues dejémonos ahora de eso y vamos á nuestro juego.

D.^a Carmen.—¿Te enfadas?

D.^a Luisa (Muy seria).—No, pero ya sabes los refranes antiguos: el viejo á la sopa y el mozo á la moza, y cada uno en su casa y Dios en la de todos... Conque á jugar.

Las cuatro señoras juegan un rato al *bezigue*. *D.^a Carmen* y *Luisa* se dirigen la palabra con acentuada frialdad. Las dos niñas siguen cuchicheando aparte.

Manolita.—¿Qué desvergüenza, cómo sostiene á la criada!

Virtudes.—Cuando tanto la defiende, buenas cosas tendrá que tapar.

Al cabo de una hora toman té, servido por el criado y *Pepita*: ésta coloca ante las señoritas una fuente cargada de galletas y pastas, que devoran quejándose de inapetencia.

Luego se disuelve la reunión. *Pepita* pone las toquillas y abrigos fingiendo llegar tarde para ayudar á *Virtudes*. La despedida de *Carmen* y *Luisa* algo fría.

III

Á la mañana siguiente: son las once. *Pepita* peinando á doña *Luisa*. Suena el timbre de la escalera principal y sin previo anuncio se cuela en el gabinete *D.^a Carmen* con velo de manto y devocionario. Viene muy nerviosa. Habla de cosas indiferentes hasta que, peinada *Luisa*, se retira *Pepita*. En cuanto se va, dice

D.^a Carmen.—No he podido dormir... hijita, yo no me quedo con las quejas en el cuerpo, y vengo á decirte que anoche, por causa de esa mocosa, has estado inconvenientísima conmigo.

D.^a Luisa (Fingiendo sorpresa).—¿Yo?

D.^a Carmen.—Creí hacerte un favor dándote á entender el escándalo que tienes dentro de casa, y me contestaste de muy mala manera. Ahora, sin rodeos, te diré clarito que tu hijo y esa sinvergüenza se entienden, ¿estás? y que es una triste cosa que vengan tus amigas con sus hijas y *Pepito* no parezca nunca por aquí.

D.^a Luisa.—Ahí le duele. Esa respiración es de *Pilar*.

D.^a Carmen.—Pues yo no tengo hijas y me indigno.

D.^a Luisa.—Porque no las tienes comprendo que tu celo es desinteresado, ganas de hablar y nada más. Y ahora, para que me dejes en paz...

D.^a Carmen.—No necesitas enfadarte.

D.^a Luisa.—No me enfadaré, pero ya que me obligas te diré lo que hace al caso.

D.^a Carmen.—Sí: que el caso es de una moralidad dudosa.

D.^a Luisa.—¿Cuánta moral... á los cincuenta! ¡La moral! Cada uno tiene de ella distinta idea: la mía difiere algo de la vuestra: la mía se funda en tolerar... lo inevitable, para estorbar males más graves y mayores. Yo creo que estáis equivocadas, que lo que suponéis no es cierto, pero admitamos que lo sea. Mi hijo tiene veinte años: tú no puedes calcular lo que esto significa, porque cuando te casaste tú marido tenía cincuenta. Las épocas del amor se asemejan á los medios de locomoción: mi hijo es tren rápido y de lujo... tú no has conocido más que galera... á lo más tren de mercancías. Cualquier cosa sería peor que lo que ocurre... si es verdad lo que sospechas. ¿No sería peor que *Pepito* se fuese de picos pardos, que comprara el amor hecho, en ropería, como decía *Martínez de la Rosa*, para perder la salud y estragarse el alma? ¡Miedo me da pensar! ¿O quieres que se case tan joven? ¿Con quién? ¿Con esas señoritas ricas que sienten poco y gastan mucho y no sirven para nada? Esas piensan más en la modista que en el novio. ¿Elegirá entre señoritas cursis, como *Manolita* y *Virtudes*, famélicas de boda, que por no tener dónde escoger aceptan al primero que se presenta? Esas pobres son naufragos del amor y de la sociedad moderna, que se agarran al primer tablón que ven flotar. Para ellas casarse no es amar, es asegurar el garbanzo y la costurera. Por último, ¿quieres que mi hijo tenga líos con casadas? ¡Dios nos libre! Si se enamora de veras, un tormento; si no ama, la casada le es como cualquier perdida. Créeme, el amor de la casada es una gran desdicha, cuando no es una gran vergüenza. ¿Amar á salto de mata? ¿Que huya de un marido, que le maten ó tenga que matar? Se castiga á los que roban dinero, y cobran fama de afortunados los que roban honras: yo no quiero á mi hijo ladrón de nada. Hemos nacido pecadores. Cuando Dios lo permite, sus motivos tendrá; pero pequemos lo menos posible, es decir, no envilezcamos el amor, que es don del cielo, ni comprándolo en el mercado, ni arrebatándolo al prójimo, ni celebremos la unión santificada hasta que cada cual esté seguro de hallar su media naranja. Dos seres libres que se aman pueden ser pecadores, pero son dos... y acaso felices: en el amor robado los desdichados son, por lo menos, tres ó cuatro... eso si no hay hijos de por medio.

D.^a Carmen.—Tú sí que estás empecatada.

D.^a Luisa.—Lo que no soy es hipócrita.

D.^a Carmen (Burlonamente).—Eres partidaria del amor libre.

D.^a Luisa.—No; pero contra la realidad no se lucha, se la capea. Y sobre todo, la juventud es el hambre del corazón... si no le dan de comer, se muere... ó roba.

D.^a Carmen.—¿Qué ideas!

D.^a Luisa.—¡Vaya! dime la verdad. Si hubieses sabido que mi hijo

se iba á casar con una chica rica sin quererla, ó que tenía amores con una mujer casada, ¿hubieras venido á quitarme la venda de los ojos?

D.^a Carmen.—Eso es distinto. Al fin y al cabo lo uno es casarse... y lo otro no sería el primero.

D.^a Luisa.—¡Muy bonita moral! El amor de dos solteros es un pecado gordo, el casarse sin amor... no importa, y el adulterio es... más cómodo. ¿Sabes lo que te digo? Que el mundo no sabe lo que se pesca.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

VIDAS PARALELAS

Salieron á un tiempo Julián y Rosita.

Del pueblo de Infiesto salieron los dos.

Ella era pequeña, morena y gordita;

él era un zamarro que ¡válgame Dios!

Los dos se querían, según se expresaban,

que, aunque algo animales, sabían hablar,

y sólo á la fuerza entrambos viajaban,

él para el servicio y ella á trabajar.

Los dos se juraron morirse doncellos,

guardárselo todo, constancia feroz.

Las mozas presentes lloraban con ellos

y el llanto embargaba del novio la voz.

—¿Lo juras? —Lo juro. O tuya ó fallida.

No sé lo que oíría de pronto el galán,

que dijo:—No tanto, pero oye, mi vida,

sin fallo te juro que vuelve Julián.

Partieron entrambos volviendo la cara.

—¡Adiós, hombre mío! —¡Adiós, vida, adiós!

Lloraban á mares. ¿Y quién no llorara

oyendo aquel dúo, compuesto de dos?

Pasaron los días, los meses pasaron

y un año y dos años, y Rosa y Julián

se vieron un día y casi se hablaron:

ella iba con otro, ¡con otro galán!

—¡Vestido de seda, sombrero, brillantes!...

¡No es ésta la Rosa que un día adoré!

--Gaban con pellejos, chistera y aun guantes.

No es éste el que un día llorando abracé.

—¡Y está más hermosa! —¡Y está más pulido!

—Y debe estar rica! —Tal vez no esté mal.

—Pero es una infame. —Pero es un bandido.

—El caso es que estamos los dos por igual.

Pues nada, que al cabo se hicieron las paces,

se hablaron, se unieron, y no pasó más.

—¿Qué has hecho, Rosita? —¿Y tú qué te haces?

—Yo... tallo. —¿Tú tallas?... —¿Y tú? —Ya verás.

EDUARDO DE PALACIO.

REUNIÓN CURSI

I

—Es temprano todavía.

Diga usted, doña *Gervasia*,

¿qué gente vendrá esta noche?

—Pues... poca, están invitadas

las de enfrente y las de abajo,

las niñas de doña *Clara*

y las de doña *Eduvigis*.

—Total, ocho chicas guapas;

¡me alegro! —Quite usted una;

la del principal. —¿Qué lástima!

—Porque tiene muchos humos

y piensa que se rebaja.

¡Habrás visto la tonta!

—¿Qué presumida! Me carga

bastante. —Mi esposo estuvo

esta tarde á convidarla

y le echaron poco menos

que con cajas destempladas.

—¿Es de veras? —Sí, señor;

dijo la mamá que estaba

bien educada la niña

y no salía de casa.

—Insolente! ¿Pues no están

las nuestras bien educadas?

—Eso pensará. —Pues, hijo,

me gusta. Será una malva

la chiquilla, de seguro.

—Como la madre; beata

y gazmoña. —Y maldiciente.

—Y fea. —Y de clase baja...

—Tiene usted mucha razón;

lo mejor es despreciarlas.

—Vale más que nos juntemos pocos, y de confianza...

II

—Vamos, cante usted, *Luisita*.

—¡Si estoy ronca! —Eso no es nada.

—Y no habrá quien me acompañe.

—Yo me brindo á acompañarla.

—Usted es demasiado bueno.

—Y usted es demasiado guapa.

—¿Sabe usted tocar *Bocaccio*?

Pues venga el vals de las cartas...

Un poquito más de prisa...

¡No tan de prisa, caramba!

.....

—Espere usted, me he perdido

y he roto una tecla blanca.

—(Siempre que canta esta niña

ocurre alguna desgracia.)

III

—Esta muchacha es un tiro.

—Es mía. —¿Quién! ¿La muchacha?

—Sí; el tiro. —Usted me perdona;

no sabía... ¡No! y no canta

mal del todo... (¡Esto es peor!

Ya no digo una palabra.)

IV

—¿Cómo vas? —Me quiere mucho.

Y tú ¿qué tal? —¡Calabazas!

Estaba comprometida.

—También la mía lo estaba...

y ha dejado al otro novio.

—¿Dónde le ha dejado? —En casa.

SINESIO DELGADO.

Madrid, 1893.—Tip. de los Hijos de M. G. Hernández, impresor de la Real Casa. Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36

ANUNCIOS

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



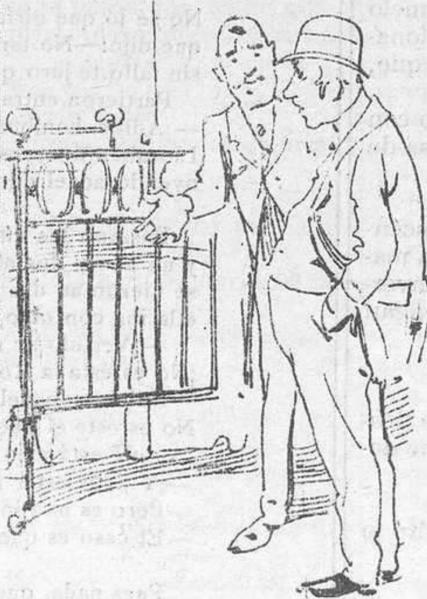
El demagogo y el carca se juntan para beber rico Jerez de la marca de la Viuda Ruiz de Mier.
R. Oliveres, Valverde, 8, pral. dra.



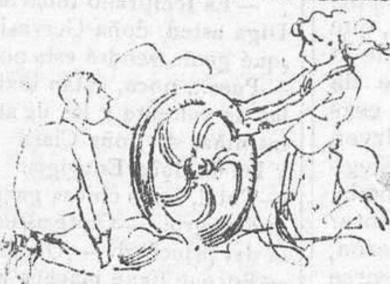
—¡No puedo rendirte, ingrata! —Pues hay un medio sencillo: lévame a La Flor y Nata a comer un pastelillo.
Plaza de Celenque, 1.



—He ganado la elección porque me han dicho que diera al cacique un pantalón de Pesquera.
Magdalena, 20.



—De esta cama se prendan los que lo entienden.
—¡Caramba si es bonital! ¿Dónde las venden?
—Pues mira, Bruno, Plaza de la Cebada, número uno.



—Detener es muy posible la rueda de la fortuna, sujetándola con una dentadura inamovible.
Tirso Pérez.—Mayor, 73.



—Tenga ó no puestos los guantes, siempre las manos me froto en cuanto veo las fotografías interesantes.

Catálogo 50 céntimos en sellos, dirigidos á The Publishing Office.—Amsterdam.



—Voy á tirar de charraseo y le rompo á usted el sombrero.
—No podrá usted, caballero: ¡es de García Carrasco!
Carretas, 26.



HISTÓRICO

La marquesa del Buen Gusto tiene un palacio soberbio, y en él puso de mosaico hidráulico el pavimento, y aceras, patios, terrazas, cuadras, cocheras y anejos de baldosas especiales fundidas con tal objeto. Cubrió con ricos florones y artesonados los techos y sembró de objetos de arte, ya antiguos ó ya modernos, todas las habitaciones aprovechando el terreno. Quedáronse los amigos tan asombrados al verlo, que no encontraron palabras de admiración muchos de ellos.
—¿Dónde ha ido usted (le decían) por tantas cosas de mérito? Y ella, alegre y satisfecha, contestaba sonriendo... lo que abajo copio en prosa, porque no cabe en el verso:

Escofet, Fortuny y Compañía, Alcalá, 18 (Equitativa).
Casa central en Barcelona.



—Si haces una casa, pon luz eléctrica, Fermín, y encarga la instalación á D. Manuel Florentín.
Ballesta, 20.



—Mira, Melchor, ó le compras las camisas á Martínez, ó no te doy en la vida los dos besos que me pides.
San Sebastián, 2.



—Á mí no me puede hacer mucho daño lo que como, porque, en cuanto acabo, tomo Cognac fino de Moguer.
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.—Depósito de vinos, Arenal, 2.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID